



## **RAFAEL PALMERO RAMOS OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE**

### **«VIVAMOS CON AUTENTICIDAD LA SEMANA SANTA»**

Están ya próximos los días de Cuaresma y Semana Santa. Es ésta la semana más importante para los cristianos. En ella celebramos los misterios centrales de nuestra fe: la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. Las numerosas Cofradías y Hermandades de Semana Santa preparan, con cuidadosa solicitud, el buen desarrollo de las actividades organizadas: asambleas de cofrades y hermanos, procesiones en clima de oración y fervor, encuentros fraternos compartiendo mesa y mantel... Llega, por lo mismo, el momento de dar un repaso al trono que porta la imagen titular, necesitado de una mano de pintura, sobre todo en las esquinas esportilladas al rozar las estrechas calles por las que transita; es preciso lavar y planchar las vestes que han de vestir los nazarenos; hay que ensayar, con suficiente antelación y metódica profesionalidad, las marchas que, en los desfiles, acompañan los bellos grupos escultóricos; no se puede olvidar la convocatoria a los cofrades y hermanos para asistir a las asambleas obligadas en estas fechas; y un largo etcétera.

Inmersos en el torbellino de tantos y tan diversos detalles, necesitamos también detener nuestros pasos y dejar de lado los agobios para vivir nuestra Semana Santa 2011 con ojos nuevos, con ojos de niño, con una mirada profunda y escrutadora, capaz de profundizar en los misterios sagrados que se ofrecen a nuestra consideración.

Para ello, os invito a contemplar los pasos de Semana Santa, no sólo como obras de arte, de calidad ciertamente indiscutible, sino, sobre todo, como imágenes que nos ayuden a comunicar un mensaje actual y sugerente; pongamos rostros humanos a las figuras cinceladas por la mano de nuestros mejores escultores. Pensemos en el paso de la Samaritana y recordemos a los que, desorientados y sin encontrar un sentido a su vida, buscan el Agua que quita la sed para siempre: buscan, quizá sin saberlo, a Jesucristo, el Agua que sacia toda sed de amor, de felicidad y de paz. Traigamos a nuestra mente a los que se han alejado de la Iglesia y que continúan, pese a todo, deambulando alrededor de ella, necesitados de la luz de nuestra oración. Necesitan una puerta abierta por la que entrar nuevamente a su hogar.

Vivamos la mezquindad de Judas, como algo que también nos toca a nosotros de cerca, capaces de vender a nuestro propio Maestro por un puñado de monedas, es decir, por las monedas de nuestro egoísmo y de nuestras excusas autocomplacientes: ¡preferimos unas pocas monedas y rechazamos el tesoro más importante: la fe en Cristo! Pidamos, igualmente, por los que han vendido a Jesucristo a cambio de una ideología que sustituye a Dios por realidades materiales, más tangibles. Rechazan el vino bueno de Caná que Jesús da a beber a quienes estén dispuestos a tomar la Cruz para seguir sus pasos...

### ***Otros pasos de nuestras procesiones***

Pasemos ahora a contemplar a Cristo en el huerto de Getsemaní, cuya agonía se hace oración seca pero llena de confianza en el Padre; sintamos compasión por los que, solos y abandonados, no tienen en medio de su pena y aflicción quien interceda por ellos; recordemos especialmente a nuestros ancianos, tantas veces solos en su particular Getsemaní, sin una palabra de cariño, sin el calor de un abrazo o la luz vibrante de una sonrisa familiar. En el beso de Judas descubramos el amor traicionado en la persona del amigo, del confidente, del hermano. ¡Cuántos niños y jóvenes se han sentido traicionados por sus mayores; confiaban en ellos, pero han visto pisoteada su dignidad por abusos de todo tipo! ¡Quizá hayamos traicionado las ilusiones y esperanzas de aquel niño que fuimos, dejándonos vencer por la amargura y la desidia! Recuperemos el primer beso de amor puro a Jesucristo, y las promesas de fidelidad y entrega que un día pusimos a los pies del Señor...

Acompañemos, si os parece, al Maestro en su Pasión, coronado de espinas, atado a la columna y postrado por el dolor lacerante del látigo. Se reflejan, en ese cuerpo mancillado, los miles de cuerpos maltratados por la explotación –laboral o sexual– del hombre por el hombre... También surgen, como espectros, los millones de personas que, retorcidas sobre sí mismas, se encuentran maniatadas a la columna del sufrimiento, esclavizadas por la droga, el alcohol, el juego, la lujuria... Nuestra oración no puede pasar de largo sin recordar a todos ellos... y también a nosotros, que no terminamos de reconocer las columnas que nos tienen postrados y nos impiden seguir a Cristo con libertad.

Contemplemos a Cristo, cargando con la Cruz, clavado después en ella y expuesto a las burlas de los por Él redimidos. ¿No están junto a Él, en esa misma Cruz, millones de niños condenados a muerte sin haber podido respirar siquiera un gramo de aire? ¿Cuántos santos inocentes hemos de lamentar y cuánta sangre habrá de derramarse aún para que comprendamos que sólo el Amor abierto a la Vida nos salvará? ¡También nosotros olvidamos, con nuestra pasividad y con el «tampoco es para tanto», que el verdadero discípulo de Jesús no puede permanecer indiferente ante la visión del Crucificado!

Concluamos, si os parece, nuestro personal viacrucis encontrándonos, con gozo y estupor, con el sepulcro vacío. ¡Cristo ha resucitado! ¡La muerte no tiene la última palabra! Descubramos en nuestra vida, en el momento en que vivimos, los signos del Espíritu que nos hablan de la victoria de Cristo sobre el pecado y el mal. Demos gracias a Dios porque, a pesar de nuestras limitaciones, siempre queda un granito de esperanza, una pequeña semilla de mostaza que, por la fuerza de Cristo Eucaristía, se multiplicará en nuestras manos en forma de buenas obras, de fe comprometida y de adoración esperanzada ante el Señor de la Vida.

Os sugiero un punto de consideración para la reflexión personal y comunitaria: la necesaria vinculación de todas las cofradías con la Iglesia diocesana. Hace unos meses celebrasteis el Encuentro diocesano en Rojales. Uno de los temas abordados fue la aprobación de los estatutos como medio de regularizar la situación canónica de las distintas Cofradías y Hermandades. Es la única forma de que una asociación de fieles –así se define toda Cofradía o Hermandad– exprese su pertenencia a la Iglesia particular que preside el Obispo diocesano. Él es quien aprueba los estatutos y concede personalidad jurídica pública a toda agrupación de bautizados. Causa perplejidad que, en algunas ocasiones, se interprete esta necesaria adecuación de los estatutos al vigente Derecho de la Iglesia como injerencia o modo de fiscalizar o controlar a los cofrades. Nunca es bueno que en una familia los hijos vivan en la desconfianza con respecto a los padres, pensando que éstos no buscan lo mejor para ellos. Se trata, pues, del carácter eclesial y, por lo mismo, cristiano de tales Cofradías y Hermandades. No son simples asociaciones civiles para el fomento de tradiciones locales, sino verdaderas hermandades de cristianos bautizados, conscientes de su pertenencia a la Iglesia, de su vocación de servicio a los hermanos en el ámbito de una parroquia concreta, de su testimonio de fidelidad, viviendo con filial confianza su vinculación al Pastor de la diócesis. Esto es lo que os pido encarecidamente como reflexión para los días santos de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

En la Vicaría General del Obispado encontraréis la ayuda que podáis necesitar para ser lo que en realidad queréis y debéis ser: agrupaciones de hermanos en el seno de la Iglesia Madre.

Mi bendición, un saludo cordial en el Señor Resucitado, luz, vida y esperanza nuestra. Y una oración compartida, en sintonía filial con nuestra Madre Dolorosa, la que se mantuvo en pie junto a la Cruz, cuando su Hijo nos redimió a todos.



✠ Rafael Palmero Ramos  
Obispo de Orihuela–Alicante